

## Editorial

---

“Caritas veritatis” o sea el amor a la verdad, es un título muy apropiado para una nueva revista, que quiere ser la voz de una nueva universidad de estudios, promovida por una Orden religiosa que retoma la herencia de aquella infatigable y ardiente búsqueda de la verdad que fue Agustín de Ippona. Por un lado, de hecho, las universidades, desde sus orígenes, han sido el lugar naturalmente llamado a la búsqueda. ¿Y qué cosa se puede y se debe buscar sino la verdad, para comprender siempre de la mejor manera el mundo físico y cultural en el cual vivimos y captamos el sentido mismo de la existencia? Por otro lado decía un grande exponente en la búsqueda de la verdad nos llega de San Agustín. Que fue un apasionado amante de la verdad y que es Padre y Maestro de los religiosos, promotores de esta universidad. El, ya, al tiempo borrascoso de la vida juvenil, anhelaba y suspiraba desde lo más profundo de su corazón la verdad. Se había unido a la secta de los maniqueos, sobretodo porque les prometían que los conducirían a la verdad por la vía de la evidencia, evitando la sumisión a la terrible autoridad de la Iglesia Católica: “Oh verdad, verdad, como ya entonces y desde las más íntimas fibras de mi corazón suspiraba y te esperaba, mientras aquella gente me aturdió y de varias maneras, con tan solo el sonido de tu nombre y la multitud de sus pesados volúmenes” (Conf. 3,6,10). Él estaba convencido que el deseo de la verdad habitase en el fondo del corazón de cada uno. Escribe en las confesiones: “Pregunto a todos: “¿Preferís gozar de la verdad o de la mentira?” Responden que prefieren la verdad, con la misma determinación con la cual afirman querer ser felices... He conocido muchas personas deseosas de querer engañar, pero ninguna de querer ser engañada. ¿De dónde habrían tenido nociones de la felicidad sino de donde la habrían tenido también de la verdad? Aman

la verdad, ya que no quieren ser engañadas; y aman la felicidad, que no es más que el goce de la verdad, aman ciertamente todavía la verdad” (Conf. 10, 23, 33).

A pesar de reconocer el carácter innato del deseo de la verdad, todavía, no se le escapan los obstáculos que hacen ardua su búsqueda. Ayer al igual que hoy a la verdad se le ha observado con sospecha. A Cristo, que declaraba de haber venido al mundo para dar testimonio de la verdad, Pilatos responde con una pregunta cargada de escepticismo, que muchos repiten hasta el día de hoy: “¿Y qué cosa es la verdad?” (Gv 18, 37-38). Quizás porque, como decía el antiguo comediógrafo latino, Terenzio, algunas veces “la verdad genera odio”. En realidad explica Agustín, “El amor por la verdad es tal, que cuantos aman un objeto diferente, pretenden que el objeto de su amor sea la verdad; ya que detestan ser engañados, detestan estar convencidos, que se engañan” (cf Conf. 10, 23, 34).

Entonces estamos convencidos que a la búsqueda de la verdad se oponen dos comportamientos opuestos e igualmente peligrosos: Por un lado la desesperación por la verdad y por otro lado la presunción de la verdad (cfs. 142, 1). Hay quienes renuncian a buscar la verdad, porque desespera el poderla encontrar, la considera una tarea destinada al fracaso; al contrario, Hay quienes renuncian en buscarla, porque consideran que ya la poseen y por ello no sienten la necesidad de seguirla buscando. También estos dos comportamientos son antiguos y nuevos. En la antigüedad grecorromana estaban los escépticos de diferentes escuelas filosóficas, los pirronianos y los académicos, que alimentaban con sus argumentaciones la desconfianza de poder alcanzar lo verdadero. Hoy el escepticismo es sobretodo anti humanístico y anti metafísico. Se considera útil y un deber la búsqueda científica por la innovación de las tecnologías y sus consecuencias económicas y sociales y las promociones de tales búsquedas es continuamente solicitada por los gobiernos y las industrias privadas y públicas. Pero si se dificulta encontrar fondos para la cultura en general y de todos modos existe poco interés por el trabajo intelectual, considerado improductivo. Desde luego no faltan los científicos, que no esconden su desprecio por cada género de filosofía, convencidos que el único conocimiento creíble sea aquel logrado con los métodos seguidos

desde la ciencia físico-matemáticas. Contra tal escepticismo nos pone en guardia San Agustín: “Guardaos del creer saber alguna cosa si no la habéis aprendido al menos con la misma certeza con la cual sabéis que uno, dos, tres y cuatro, sumados entre ellos, dan como resultado diez. Pero guardaos igualmente de creer que la verdad en filosofía o no la reconoceréis jamás o no pueda ser en algún modo conocida con la misma certeza! Confiad en mí, o mejor confiad en aquel que ha dicho: “Buscad y encontrareis” (Mt 7,7) (C. Acad. 2, 3, 9)”

Reduciendo el campo del conocimiento al mundo sensible o empírico y removiendo aquellas preguntas que los hombres siempre se han puesto sobre el sentido de la existencia y de la vida, viene mortificado aquel deseo innato de conocer la verdad, que da sentido a la vida humana. El motor de cada búsqueda es el amor: “Si la sabiduría y la verdad no son deseadas con todas las fuerzas del espíritu, en ningún modo es posible encontrarlas” (Mor. Eccl. Cath. 1,31). El amor es la única puerta a través de la cual se entra en la verdad (C. Faustum, 32, 18). Un sincero amor por la verdad exige que se nos abra a la búsqueda de toda la verdad, sin mortificar la posibilidad de la razón, en reducirla a una sola dimensión. La filosofía es más en general la cultura de nuestro tiempo, en cambio, tienden a eliminar las últimas preguntas, con la suposición que para tales interrogantes no hay respuestas o al menos que no logremos encontrarlas.

Más allá de la desconfianza de encontrar la verdad, el otro obstáculo que se opone a la búsqueda, es la presunción de poseer ya la verdad. Quien piensa de haber alcanzado ya la verdad renuncia a continuar la búsqueda y cae en un grande desacierto, porque la verdad es absolutamente trascendente y como alumbra a cada hombre, así no se deja poseer de nadie totalmente. Es un bien que puede ser común para todos, sin que se vuelva propiedad exclusiva para nadie. Para San Agustín cada hombre, aun el más perverso, es alcanzado en cualquier modo por el esplendor de la verdad, pero nadie en la vida terrena puede presumir de conocer la verdad. El conocimiento o mejor la visión de la verdad absoluta, como dice el evangelio, está reservada para los puros de corazón en otro mundo. Aquí la búsqueda de la verdad avanza poco a poco, disipando las tinieblas de la noche, hasta que no aparezca la luz del nuevo día. Lo importante es que si

buscas siempre, sin jamás ceder a la desconfianza y sin sentirse jamás apagados por los resultados logrados. Como decía todavía el obispo de Ippona, es necesario buscar, convencidos de poder encontrar y encontrar conservando siempre vivo el deseo de seguir buscando todavía (Trin., 9, 1, 1). Hoy asistimos con estupor y admiración al portentoso desarrollo de las ciencias físicas: Hoy en día el mundo cada vez más abre sus secretos en dirección, a lo infinitamente grande y a lo infinitamente pequeño. Los mismos científicos, todavía, reconocen que los misterios del mundo son todavía muchos y que tal vez no lograremos jamás descubrirlos todos. Y bien si esto es verdadero para el mundo físico, es todavía más verdadero para el mundo del espíritu. La búsqueda de la verdad, debe permanecer para todos como compromiso principal de la vida, del cual nadie puede prescindir. Estamos en camino hacia la patria, decía siempre San Agustín, y si estamos en camino, debemos continuar en la búsqueda.

Por otra parte, el constante estado de búsqueda es la condición indispensable al dialogo. Quien renuncia a la búsqueda de la verdad, o porque tiene desconfianza de no poderla encontrarla jamás, o porque ya está convencido de haberla ya encontrado, no siente la necesidad de conocer aquello que piensa el otro, ni para enriquecerse, ni para corregirse y crecer. El diálogo exige en primer lugar, que se reconozca en el otro la posibilidad que también el conozca al menos en parte la verdad, en segundo lugar, que si deseas avanzar junto al conocimiento de la verdad, con el intercambio reciproco de los puntos vista. San Agustín estaba convencido que “no hubiese ninguna doctrina falsa, en la cual brillase algo de verdad” (Quaest. Ev., 40, 2); estaba todavía convencido que “no solo en los autores eclesiásticos, pero en todos, tenemos que aprobar y alabar aquello que encontramos correcto y verdadero, como también desaprobar y reprender aquello que encontramos falso y malo” (ep., 40, 6, 9). Impulsado por la confianza, ya al día siguiente de la conversión, El declaraba de querer vivir junto con sus amigos en una especie de cenáculo filosófico, para buscar en la concordia la verdad, porque “así será fácil a quien pueda encontrarla primero, conducir sin fatiga a los demás a lograr el mismo resultado” (Sol., 1, 12, 20). Un dialogo confrontado con tal espíritu y no con el deseo de prevalecer uno sobre el otro, no teme ni rechaza las críticas a las propias opiniones. Por parte suya, el obispo de Ippona no

vacilaba en declarar el preferir ser criticado por el primero en llegar, antes que ser alabado por quien está en error o desde quien alaba. Y le daba la razón: “Quien critica o es un amigo o es un enemigo. Si es un enemigo que te ataca, se requiere soportarlo; si es un amigo que se equivoca es necesario instruirlo. Quien nos alaba en cambio se confirma en el error, si está en error; nos induce al error, si actúa por alabar” (Trin 2,-1).

Una última observación. Quien ama sinceramente la verdad, no solo la busca con pasión, abriéndose al dialogo y aceptando eventuales críticas, pero desea comunicarla también a los demás y no tenerla toda para sí mismo. La verdad, de hecho, decía San Agustín, por un lado “es un bien común para todos, no es ni mía ni tuya, no es de este ni de aquel” (En ps 75,17) y del otro lado, porque es común en todos como la luz del sol, “de esa pueden gozar todos universalmente en igual medida, porque en ella no existen límites ni carencias. Y ciertamente no acoge a sus seguidores celosos, el uno del otro. Es común para todos y casta con todos... nada de ella puede convertirse un día en la propiedad de uno solo o de algunos, porque al mismo tiempo es común para todos en su totalidad” (lib. Arb., 2, 14, 37); “ cualquiera reivindica como propio aquello que Dios pone a disposición de todos y pretende detener, aquello que pertenece a todos, viene rechazado desde el patrimonio común hacia el suyo, o sea desde la verdad hacia la mentira” (Conf., 12, 25, 34). Formulo el augurio más sincero que a estas sabias reflexiones, sugeridas por el antiguo Padre de la Iglesia, se inspiren todos los futuros colaboradores de esta revista, para hacerle honor a su título y al autor que lo ha inspirado.

“Caritas veritatis”, in other words, love for the truth is a very suitable title for a new journal that wants to become the voice of a new university of studies, promoted by a religious order that takes up the heritage of Augustine of Hippo’s vigorous and passionate search for the truth. On the one hand, as a matter of fact, the universities – from their beginnings – have been a place that is naturally called to search. And what else can and must it search for but the truth to better understand the natural and cultural world in which we live and get the sense of existence itself? On the other hand, a great exponent used to say that the search for the truth comes from Saint Augustine, who was a passionate lover of the truth and who is the Father and Master of the religious who are promoting this university. He – even in the stormy times of juvenile life – already longed for and sighed over the truth from the deepest part of his heart. He had joined the Manichean sect, especially because they promised to lead them to the truth by evidence, avoiding the submission to the terrible authority of the Catholic church, “Oh truth, truth, as I did then and from the most intimate fibers of my heart I sighed over and waited for you, while those people baffled me and in various ways, with only the sound of your name and the multitude of their heavy volumes” (Conf. 3, 6, 10). He was convinced that the desire of truth had to dwell at the bottom of everyone’s heart. In his confessions he writes “I ask everyone: “Do you prefer to enjoy the truth or the lie?” They respond that they prefer the truth, with the same determination with which they claim to want to be happy ... I have met many people eager to want to deceive, but none to want to be deceived . Where had they had notions of happiness, but where they had also had the truth? They love the truth, since they do not want to be deceived; and they love

happiness, which is nothing but the joy of truth; they certainly still love the truth” (Conf. 10, 23, 33).

Even when recognizing the innate nature of the desire for truth, yet, he does not forget the obstacles that make the search difficult. Today, as in the past, the truth has been viewed with doubt. To Christ, who declared to have been come into this world to testify to the truth, Pilate replied with a question that was full of skepticism, and that even many people repeat to the present day: “And what is truth?” (Gv 18, 37-38). May because, as the old latin playwright Terenzio used to say, sometimes “truth generates hate.” Actually Augustine explains, “The love for truth is such that those who love a different object pretend that the object of their love be their truth; because they hate to be deceived, they detest to be convinced, and they are deceived” (Conf 10, 23, 34).

Then we are convinced that two opposing and equally dangerous behaviors are opposed to the search for truth: on the one hand, despair over truth and on the other hand the presumption of truth (cf. 142, 1). There are those who renounce to seek the truth, because finding it causes despairs, and it is considered as a task destined to failure. On the contrary, there are those who give up looking for it, because they feel they already have it and therefore do not feel the need to continue looking for it. Also these two behaviors are old and new. In the ancient Greco-Roman there were the skeptics of different philosophical schools, the Pyrrhonian and Academicians, who nourished with their arguments the distrust of being able to reach what is true. Nowadays, skepticism is mainly anti-humanistic and anti-metaphysical. It is considered useful and a duty, the scientific search for the innovation of technologies, their economic and social consequences, and the promotions of such searches is continuously solicited by governments and private and public industries. But it is difficult to find funds for culture in general, and there is little interest in intellectual work, as it is considered unproductive. Of course there is no shortage of scientists, who do not hide their contempt for each genre of philosophy, convinced that the only credible knowledge is the one achieved with methods followed from physical-mathematical science. Against such skepticism, St. Augustine warns us: "Beware of

believing to know anything if you have not learned it, at least with the same certainty with which you know that one, two, three and four, added among them, result in ten. But also beware of believing that truth is in philosophy, or you will never recognize it, as it cannot be known with the same certainty! Trust in me, or rather trust in him who has said, "Seek and ye shall find" (Matt. 7: 7) (C. Acad. 2, 3, 9)."

Reducing the field of knowledge to the sensitive or empirical world, and removing those questions that men have always put on the meaning of existence and life, has been mortifying that innate desire to know the truth, which gives meaning to human life. The motto of every quest is love: "If wisdom and truth are not desired with all the strength of the spirit, it is by no means possible to find them" (Mor. Eccl. Cath. 1, 31). Love is the only door through which one enters the truth (C. Faustum, 32, 18). A sincere love for the truth demands that we open ourselves to the search for the whole truth, without mortifying the possibility of reason, to reduce it to a single dimension. Philosophy is more generally the culture of our time; instead, they tend to eliminate the last questions, with the assumption that for such questions there are no answers, or at least we cannot find them.

Beyond the mistrust of finding the truth, the other obstacle that opposes the search is the presumption of possessing the truth. Whoever thinks that he has already reached the truth, gives up the search and falls into a great mistake, because the truth is absolutely transcendent and as it enlightens every man, it cannot be possessed by anyone totally. It is a good that can be common for all, without it becoming exclusive property of anyone. For St. Augustine every man, even the most evil, is attained in any way by the splendor of truth, but no one in earthly life can boast of knowing the truth. Knowledge or better the vision of absolute truth, as the gospel says, is reserved for the pure in another world. Here the search for truth advances little by little, dissipating the darkness of the night, until the light of the new day does not appear. The important thing is that you always seek, without ever giving in to mistrust and without feeling ever turned off by the results achieved. As the bishop of Hippo still said, it is necessary to seek, convinced of being able to find, and find always keeping alive the desire to keep on seeking (Trin., 9,1,1). Nowadays we wit-



ness with astonishment and admiration the portentous development of the physical sciences: Nowadays the world is increasingly opening its secrets in direction to the infinitely great and the infinitely small. The same scientists, yet, recognize that the mysteries of the world are still many and that perhaps we will never be able to discover them all. And if this is true for the physical world, it is even more true for the spiritual world. The search for truth must remain for all as the main commitment of life, which no one cannot do without. We are on our way to our country, St. Augustine always said, and if we are on our way, we must continue the search.

On the other hand, the constant state of search is the indispensable condition for dialogue. Whoever renounces the search for truth, because he is distrustful of never being able to find it, or because he is already convinced that he has already found it, does not feel the need to know what the other thinks, neither to improve, nor to correct himself and grow. Dialogue requires, first of all, to recognize in the other the possibility that he may at least partly know the truth; secondly, that if you wish to advance alongside the knowledge of truth, there must be a reciprocal exchange of points of view. St. Augustine was convinced that "there should be no false doctrine, in which any truth shines" (Quaest. Ev., 40, 2); He was still convinced that "not only in ecclesiastical authors, but in all, we must approve and praise what we find correct and true, as well as disapprove and reprimand that which we find false and evil" (ep 40,6,9) . Driven by trust, the day after the conversion, he declared that he wanted to live together with his friends in a kind of philosophical cenacle, to seek the truth in concord, for "it will be easy for anyone who can find it first, to lead the others without fatigue, to achieve the same result "(Sol., 1, 12, 20). A dialogue confronted with such a spirit and not with the desire to prevail over one another, does not fear or reject criticism of one's own opinions. For his part, the bishop of Hippo did not hesitate to declare that he preferred to be criticized by the first to arrive, rather than to be praised by those who are in error or praise. And he was right: "He who criticizes is either a friend or an enemy. If it is an enemy that attacks you, it is necessary to bear it; if it is a friend who is wrong, it is necessary to instruct him. The one who praises us, on the other hand, confirms himself in error, if he is in error; he induces us to error, if he acts by praising" (Trin 2, -1).

One last observation. He who sincerely loves the truth, not only seeks it with passion, opening to the dialogue and accepting eventual criticism, but wishes to communicate it to others and not to have it all for himself. The truth, in fact, said St. Augustine, on the one hand " is a common good for all, it is neither mine nor yours, it is not of this or that" (En Ps 75,17) and on the other hand, because it is common in all as the light of the sun, "everyone can universally enjoy it in equal measure, because in it there are no limits or lacks. And he certainly does not welcome his zealous followers, one from the other. It is common to all and caste with all ... nothing of it can become in the property of one or some for a day, because at the same time is common to all in its whole "(Lib.Arb., 2, 14, 37) ; "Anyone who claims as his own what God puts at the disposal of all, and seeks to stop that which belongs to all, is rejected from the common heritage to him, or from truth to lie" (Conf., 12, 25, 3. 4). The most sincere wishes that these wise reflections, inspired by the ancient Father of the Church, may inspire all future collaborators of this journal, to honor its title and the author who has inspired it.

“Caritas veritatis”, ossia l’amore della verità, è un titolo assai appropriato a una nuova rivista, che vuol essere la voce di una nuova Università di studi, promossa da un Ordine religioso che si richiama all’eredità di quell’infaticabile e ardente ricercatore della Verità che fu Agostino di Ippona. Da un lato, infatti, le università, fin dalla loro origine, sono state il luogo naturalmente chiamato alla ricerca. E che cosa si può e si deve ricercare se non la verità, per capire sempre meglio il mondo fisico e culturale in cui viviamo e cogliere il senso stesso della esistenza? Dall’altro lato, dicevo, un grande sprone alla ricerca della verità ci viene da S. Agostino, che fu un appassionato amante della Verità e che è Padre e Maestro dei religiosi, promotori di questa università. Egli già al tempo burrascoso della vita giovanile anelava e sospirava dal profondo del cuore verso di essa. Aveva aderito alla setta dei manichei, soprattutto perché gli promettevano di condurlo alla verità per la via dell’evidenza, evitando la sottomissione alla terribilis auctoritas della Chiesa Cattolica: “O Verità, Verità, come già allora e dalle intime fibre del mio cuore sospiravo verso di te, mentre quella gente mi stordiva spesso e in vario modo con il solo suono del tuo nome e la moltitudine dei suoi pesanti volumi” (Conf 3,6,10). Egli era convinto che il desiderio della verità albergasse nel fondo del cuore di ogni uomo. Scrive nelle Confessioni: “Chiedo a tutti: “Preferite godere della verità o della menzogna?” Rispondono di preferire la verità, con la stessa risolutezza con cui affermano di voler essere felici... Ho conosciuto molte persone desiderose di ingannare; ma nessuna di essere ingannata. Dove avevano avuto nozione della felicità, se non dove l’avevano avuta anche della verità? Amano la verità, poiché non vogliono essere ingannate; e amando la felicità, che non è se non il godimento della verità, amano certamente ancora la verità” (Conf 10,23, 33).

Pur riconoscendo il carattere innato del desiderio della verità, tuttavia, non gli sfuggivano gli ostacoli che rendono ardua la sua ricerca. Ieri come oggi, alla verità si è spesso guardato con sospetto. A Cristo, che dichiarava di essere venuto nel mondo per rendere testimonianza alla verità, Pilato rispose con una domanda carica di scetticismo, che molti ripetono ancora oggi: “ E che cos’è la verità?”(Gv 18, 37-38). Forse perché, come diceva l’antico commediografo latino, Terenzio, talvolta “la verità genera odio”. In realtà, spiega Agostino, “l’amore della verità è tale, che quanti amano un oggetto diverso pretendono che l’oggetto del loro amore sia la verità; e poiché detestano di essere ingannati, detestano di essere convinti che s’ingannano” (cf Conf 10, 23,34).

Siamo comunque avvertiti che alla ricerca della verità si oppongono due atteggiamenti contrari e ugualmente pericolosi: da un lato la desperatio veritatis e dall’altro la praesumptio veritatis(cf s.142,1). C’è chi rinuncia a cercare la verità, perché dispera di poterla trovare, la considera un’impresa destinata all’insuccesso; al contrario, c’è chi rinuncia a cercarla, perché presume di possederla già e non sente alcun bisogno di cercarla ancora. Anche questi due atteggiamenti sono antichi e nuovi. Nell’antichità grecoromana erano gli scettici di diverse scuole filosofiche, pirroniani e accademici, a alimentare con le loro argomentazioni la sfiducia di poter raggiungere il vero. Oggi lo scetticismo è soprattutto antiumanistico e antimetafisico. Si ritiene utile e doverosa la ricerca scientifica per l’innovazione delle tecnologie e i loro risvolti economici e sociali e la promozione di tale ricerca è continuamente sollecitata presso i governi e le industrie private e pubbliche. Ma si fatica a trovare i fondi per la cultura in generale e comunque c’è scarso interesse per il lavoro intellettuale considerato improduttivo. Non mancano poi scienziati che non nascondono il loro disprezzo per ogni genere di filosofia, convinti che l’unica conoscenza credibile sia quella raggiunta con i metodi seguiti dalle scienze fisico-matematiche. Contro tale scetticismo ci mette in guardia S. Agostino: “Guardatevi dal credere di sapere qualcosa se non l’avete appresa almeno con la stessa certezza con la quale sapete che uno, due, tre e quattro, sommati tra loro, fanno dieci. Ma guardatevi parimenti dal credere che la verità in filosofia o non la conoscerete mai o non possa essere in alcun modo conosciuta con la medesima certezza! Fidatevi

di me, o meglio fidatevi di Colui che ha detto: “Cercate e troverete”(Mt 7,7) (C. Acad., 2, 3,9)

Riducendo il campo della conoscenza al solo mondo sensibile o empirico e rimuovendo proprio quelle domande che gli uomini si sono sempre poste sul senso dell'esistente e della vita, viene mortificato quel desiderio innato di conoscere la verità, che dà senso alla vita umana. Il motore di ogni ricerca è l'amore: “se la sapienza e la verità non sono desiderate con tutte le forze dello spirito, in nessun modo è possibile trovarle” (Mor. Eccl. cath. 1,31). L'amore è la sola porta attraverso la quale si entra nella verità (C.Faustum, 32,18). Un sincero amore della verità esige che ci si apra alla ricerca della verità tutta intera, senza mortificare le possibilità della ragione con il ridurla a una sola dimensione. La filosofia e più in generale la cultura del nostro tempo, invece, tendono a amputare le domande ultime, nel presupposto che a tali domande non ci sono risposte o almeno che non riusciamo a trovarle.

Oltre la sfiducia di trovare la verità, però, l'altro ostacolo che si oppone alla sua ricerca è la presunzione di possedere già la verità. Chi pensa di aver raggiunto già tutta la verità rinuncia a proseguire la ricerca e cade in un grande abbaglio, perché la verità è assolutamente trascendente e come illumina ogni uomo, così non si lascia possedere da nessuno totalmente. E' un bene che può essere comune a tutti, senza che diventi proprietà esclusiva di nessuno. Per S. Agostino ogni uomo, anche il più perverso, è raggiunto in qualche modo dallo splendore della verità, ma nessuno nella vita terrena può presumere di conoscere tutta la verità. La conoscenza o meglio la visione della verità tutta intera, come dice il vangelo, è riservata per i puri di cuore in un altro mondo. Qui la ricerca della verità necessariamente avanza a poco a poco, diradando le tenebre della notte, finché non appare la luce del pieno giorno. L'importante è che si cerchi sempre, senza mai cedere alla sfiducia e senza sentirsi mai appagati dei risultati raggiunti. Come diceva ancora il vescovo di Ippona, bisogna cercare convinti di poter trovare e trovare conservando sempre vivo il desiderio di cercare ancora (Trin., 9,1,1). Oggi assistiamo con stupore e ammirazione al portentoso sviluppo delle scienze fisiche: ogni giorno di più il mondo apre i suoi segreti nella direzione dell'infinitamente grande

e dell'infinitamente piccolo. Gli stessi scienziati, tuttavia, riconoscono che i misteri del mondo sono ancora tanti e che forse non riusciremo mai a scoprirli tutti. Ebbene, se questo è vero per il mondo fisico, è ancora più vero per il mondo dello spirito. La ricerca della verità deve restare per tutti l'impegno principale della vita, al quale nessuno può sottrarsi. Siamo tutti in cammino verso la Patria, diceva ancora S. Agostino, e se siamo in cammino, dobbiamo continuare a cercare.

Del resto, il costante stato di ricerca è la condizione indispensabile per dialogare. Chi rinuncia a ricercare la verità, o perché ha sfiducia di poterla mai trovare o perché è convinto di averla già trovata, non sente il bisogno di conoscere quello che pensa l'altro né per arricchirsi né per correggersi e crescere. Il dialogo esige in primo luogo che si riconosca all'altro la possibilità che anch'egli conosca la verità almeno in parte, in secondo luogo che si desideri avanzare insieme nella conoscenza della verità con lo scambio reciproco di vedute. S. Agostino era convinto che "non ci fosse nessuna dottrina falsa, nella quale non brillasse qualcosa di vero" (Quaest. Ev., 40,2); era convinto ancora che "non soltanto negli autori ecclesiastici ma in tutti dobbiamo approvare e lodare quello che troviamo di retto e di vero, come pure disapprovare e riprendere quello che troviamo di falso e di cattivo" (ep., 40, 6,9). Spinto da una tale fiducia, già all'indomani della conversione egli dichiarava di voler vivere insieme con gli amici in una specie di cenacolo filosofico, per ricercare nella concordia la verità, perché "così sarà facile a chi capita di trovarla per primo, condurre senza fatica gli altri allo stesso risultato" (Sol., 1, 12,20). Un dialogo affrontato con tale spirito e non con il desiderio di prevalere l'uno sull'altro non teme né rifiuta le critiche alle proprie opinioni. Da parte sua il vescovo di Ippona non esitava a dichiarare di preferire essere criticato dal primo venuto piuttosto che essere lodato da chi è in errore o da chi adula. E ne dava la ragione: "chi critica o è un amico o un nemico. Se è un nemico che ti attacca, bisogna sopportarlo; se è un amico che sbaglia, bisogna istruirlo; se ci istruisce, bisogna ascoltarlo. Chi ci loda invece ci conferma nell'errore, se è in errore; ci induce all'errore, se agisce per adulazione" (Trin 2,-1).

Un'ultima osservazione. Chi ama davvero la verità non solo la ricerca con passione, aprendosi al dialogo e accettando eventuali

critiche, ma desidera anche comunicarla agli altri e non tenerla tutta per sé. La verità, infatti, diceva ancora S. Agostino, da un lato “è un bene comune a tutti, non è né mia né tua, non è di questo o di quello” (En ps 75, 17) e dall’altro, proprio perché è comune a tutti come la luce del sole, “di essa si può godere tutti universalmente in egual misura, perché in essa non esistono limiti né carenze. E certamente non accoglie i suoi amatori gelosi l’uno dell’altro. E’ comune a tutti e casta con tutti ... niente di essa può divenire un giorno proprietà di uno solo o di alcuni, perché nello stesso tempo è comune a tutti nella sua interezza”(lib. arb., 2,14,37); “Chiunque rivendica come proprio ciò che Dio mette a disposizione di tutti, e pretende di detenere ciò che appartiene a tutti, viene respinto dal patrimonio comune verso il suo, ossia dalla verità verso la menzogna”( Conf., 12,25,34). Formulo l’augurio più sincero che a queste sagge riflessioni, suggerite dall’antico Padre della Chiesa, si ispirino tutti i futuri collaboratori di questa rivista, per fare onore al suo titolo e all’autore che lo ha ispirato.

NELLO CIPRIANI, O.S.A.